

dad, dejando confirmados cinco mil trescientos y siete, parece que aquel mismo día 16 de julio dijo lo que el apóstol de las gentes á los gentiles: *Cursum consumavi, fidem servavi*, pues parece que aquel mismo día llegó el anuncio de su cercana muerte, como ya digo.

Dicho día 16 de julio dió fondo en este puerto de nuestro santísimo padre San Francisco uno de los barcos que venían de San Blas con los víveres, y avíos, y por el recibo de las cartas, cuando vió que los operarios que habían de venir en este barco y que no vino alguno para las fundaciones de la canal, se halló con la carta del reverendo padre guardian en la que le decía la causa porque no enviaba misioneros, que era por el corto número de religiosos que actualmente tenía el colegio, por los que habían fallecido y otros que se habían regresado para España cumplido el tiempo y de la misión, que años había esperaban de España no se tenía la menor noticia.

Esta nueva fué muy sensible para el fervoroso corazón del venerable padre Junipero, viendo frustrados sus deseos de dichas fundaciones, que anhelaba ver antes de morir; y leyendo la imposibilidad para el efecto, parece que leyó el aviso de su cercana muerte, si no que digamos, que por otro más seguro conducto tuvo aviso de ella, pues según obró esperaba en breve su muerte, pues en cuanto recibió las cartas del barco, escribió como acostumbraba á las misiones, dando noticia á los ministros de la llegada del barco, remitiéndoles las cartas. A los más retirados del rumbo del Sur escribió despidiéndose de ellos para la eternidad, que lo supió á los quince días de su muerte, por carta que le contestaban á esta cláusula de despedida. A los padres de las misiones más cercanas de San Antonio veinticinco leguas, y San Luis cincuenta, escribió que estimaria viniese un padre de cada misión para los avíos que traía el barco, que lo deseaba mucho para hablarles y despedirse por si fuese la última vista; y á mí me escribió que fuese para Monterey, ó con el barco ó por tierra, como me pareciese y según el efecto, todo esto se dirigía á que asistiésemos á su muerte, y así habría sucedido si así como yo recibí la carta la hubiesen recibido los otros padres de San Antonio y San Luis.

CAPITULO LVIII.

MUERTE EJEMPLAR DEL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Viendo la carta del reverendo padre presidente en la que me decía fuese para Monterey, aunque no me decía fuese breve mi ida, pero viendo que dilataba el barco á salir, me fui por tierra. Llegué el día 18 de agosto á su misión de San Carlos, y hallé á su paternidad muy postrado de

fuerzas, aunque en pié y con mucha cargazon de pecho; pero no por esto dejaba de ir por la tarde á la iglesia á rezar la doctrina y oraciones con los neófitos, y concluyó el rezo con el tierno y devoto canto de los versos que compuso el venerable padre Margil á la asuncion de nuestra Señora, en cuya octava nos hallábamos. Al oírlo cantar con la voz tan natural, dije á un soldado que estaba hablando conmigo: no parece que el padre presidente esté muy malo; y me respondió el soldado (que lo conocía desde el año de 69): Padre, no hay que fiar; él está malo; este santo padre en hablar, en rezar y cantar siempre está bueno, pero se va acabando.

El día siguiente, que era 19 del mes, me encargó cantase la misa al santísimo patriarca san José, como acostumbraba todos los meses, diciéndome se sentía muy pesado. Así lo hice; pero no faltó su paternidad á cantar en el coro con los neófitos y á rezar los siete Padre nuestros y oraciones acostumbradas: por la tarde no faltó á rezar y cantar los versos de la Virgen, y el siguiente día, que fué viernes, anduvo como siempre las estaciones del via crucis en la iglesia con todo el pueblo.

Tratamos despacio los puntos á que me llamaba interin llegaba el barco; pero siempre me recelaba de su próxima muerte, pues siempre que entraba en su cuartito ó celda que tenía de adobes, lo encontraba muy recogido en su interior, aunque su compañero me dijo que de la misma manera había estado desde el día que espiró la facultad de confirmar, que como dije fué el mismo día que dió fondo el barco en estos establecimientos. A los cinco días de mi llegada á Monterey dió fondo en aquel puerto el paquebot, y luego el cirujano del rey pasó á la misión á visitar al reverendo padre presidente, y hallándolo tan fatigado del pecho, le propuso el aplicarle unos cauterios para llamar el humor que había caído al pecho; le respondió que de estos medicamentos que aplicase cuantos quisiese: hizolo así sin más efecto que el de mortificar aquel fatigado cuerpo, aunque ni de este fuerte medicamento ni de los dolores que padecía se le oyó la menor demostracion de sentimiento, como si tales accidentes no tuviera, siempre en pié como si estuviera sano. Y habiendo traído del barco alguna ropa del avío, empezó por sus propias manos á cortar y repartir á los neófitos para cubrir su desnudez.

Día 25 de agosto me dijo que sentía no hubiesen venido los padres de las dos misiones de San Antonio y San Luis; pueden haberse atrasado las cartas que les escribí. Despaché luego al presidio, y vinieron con las cartas diciendo se habían quedado olvidadas. En cuanto vi el contenido de ellas, que era el convidarlos para la última despedida, les despaché correo con las cartas, añadiéndoles se viniesen cuanto antes, porque me recelaba no tardaría mucho á dejarnos nuestro

amado prelado según lo muy descaecido de fuerzas que estaba. Y aunque luego de recibidas las cartas se pusieron en camino, no llegaron á tiempo, porque el de la misión de San Antonio, que distaba veinticinco leguas, llegó después de su muerte y solo pudo asistir á su entierro, y el de San Luis, que distaba cincuenta leguas, llegó tres días después y solo pudo asistir á las honras el día 7, como diré después.

Día 26 se levantó más fatigado, diciéndome había pasado mala noche, y así que quería disponerse para lo que Dios dispusiera de él. Estúvose todo el día recogido sin admitir distraccion alguna, y por la noche repitió conmigo su confesion general con grandes lágrimas y con un pleno conocimiento, como si estuviera sano; y concluida, después de un rato de recogimiento, tomó una taza de caldo y se recostó, sin querer que quedase alguno en su cuartito.

En cuanto amaneció el día 27 entré á visitarlo, y lo hallé con el Breviario en la mano, como siempre acostumbraba empezar los mañanas antes de amanecer, y por los caminos los empezaba en cuanto amanecía: preguntando cómo había pasado la noche, me dijo que sin novedad, que no obstante que consagrarse una forma y la reservase, que él avisaría: así lo hice, y acabada la misa volví á avisarle, y me dijo que quería recibir al Divinísimo de Viatico, y que para ello iría á la iglesia: diciéndome yo que no había necesidad, que se adornaría la celdita del mejor modo que se pudiese y vendría Su Majestad á visitarlo, me respondió que no, que quería recibirlo en la iglesia supuesto podía ir por su pié, no era razon que viniese el Señor. Hube de condescender y cumplir sus santos deseos. Fué por sí mismo á la iglesia, que dista más de cien varas, acompañado del comandante del presidio, que vino á la funcion con parte de tropa, que juntó con la de la misión, y todos los indios del pueblo ó mision acompañaron al devoto padre enfermo á la iglesia, todos con gran ternura y devocion.

Al llegar su paternidad á la grada del presbiterio, se hincó de rodillas al pié de una mesita preparada para la funcion. Salí de la sacristía revestido, y al llegar al altar, en cuanto preparé el incienso para empezar la devota funcion entonó el fervoroso siervo de Dios con su voz natural, tan sonora como cuando sano, el verso *Tantum ergo Sacramentum*, expresándolo con lágrimas en los ojos. Administréle el sagrado Viatico con todas las ceremonias del ritual, y concluida la funcion devotísima, que con tales circunstancias jamás había visto, se quedó su paternidad en la misma postura arrodillado dando gracias al Señor, y concluidas se volvió para su celdita acompañado de toda la gente. Lloraban unos de devocion y ternura y otros de pena y dolor por lo que recelaban de quedarse sin su amado padre. Quedó solo en su celdita recogido, sentado en la silla de la mesa, y viéndolo así, tan recogido no di lugar entrasen á hablarle.

Vi iba á entrar el carpintero del presidio, y no dándole lugar, me dijo venia llamado del padre para hacerle el cajon para enterrarlo, y quería preguntarle cómo lo quería. Enterneciome, y no dándole lugar á entrar á hablarle le mandé lo hiciera como el que había hecho para el padre Crespi. Todo el día lo pasó el venerable padre con sumo silencio y profundo recogimiento sentado en la silla, sin tomar mas que un poco de caldo en todo el día y sin hacer cama.

Por la noche se sintió más agravado y me pidió los santos óleos, y recibió este santo sacramento sentado en un equipal, humilde silla de cañas, y rezó con nosotros la letanía de los santos, con los salmos penitenciales: toda la noche pasó sin dormir, la mayor parte de ella hincado de rodillas, reclinado de pecho á las tablas de la cama; y díjele que se podía recostar un poco, y me respondió que en dicha postura sentía más alivio: otros ratos lo pasó sentado en el suelo, reclinado al regazo de los neófitos, de que estuvo toda la noche llena la celdita, atraídos del amor grande que le tenían como á padre que los había reengendrado en el Señor. Viéndolo así muy postrado y recostado en los brazos de los indios, pregunté al cirujano qué le parecía. Y me respondió que le parecía estar muy agravado; á mí me pareció que este bendito padre quiere morir en el suelo.

Entré luego y le pregunté si quería la absolucion y aplicacion de la indulgencia plenaria, y diciéndome que sí, se dispuso, y puesto de rodillas recibió la absolucion plenaria, y le apliqué la indulgencia plenaria de la órden, con lo que quedó consoladísimo, y pasó toda la noche de la manera que queda referido. Amaneció el día del doctor señor san Agustín, 28 de agosto, al parecer aliviado y sin tanta suforacion del pecho, siendo así que en toda la noche no durmió ni tomó cosa alguna. Pasó la mañana sentado en la silla de cañas arriada á la cama. Esta consistía en unas duras tablas mal labradas, cubiertas de una frazada, mas para cubrir que para ablandar para el descanso, pues ni siquiera ponía una salea como se acostumbra en el colegio, y por los caminos practicaba lo mismo, tendía en el suelo la frazada y una almohada y se tendía sobre ella para el preciso descanso; durmiendo siempre con una cruz en el pecho, abrazado con ella, del tamaño de una tercia de largo, que cargaba desde que estuvo en el noviciado del colegio y jamás la dejó, sino que en todos los viajes la cargó, y recogía con la frazada y almohada; y en su misión y en las paradas en cuanto se levantaba de la cama ponía la cruz sobre la almohada; así la tenía en esta ocasion, que no quiso hacer cama ni en toda la noche ni por la mañana del día que había de entregar su alma al Creador.

Como á las diez de la mañana de dicho día de san Agustín vinieron á visitarlo los señores de la fragata su capitan y comandante don José Ca-

nizares, muy conocido de su paternidad desde la primera expedición del año de 69, y el señor capellan real don Cristóbal Diaz, que tambien lo habia tratado en este puerto el año de 79. Recibíolos con extraordinarias expresiones, mandando se diese un solemne repique de las campanas; y parado les dió un estrecho abrazo, como si estuviese sano, haciéndoles sus religiosos y acostumbrados cumplimientos, y sentados, y su paternidad en su equipal, le refirieron los viajes que habian hecho al Perú desde que no se habian visto, que era desde el dicho año de 79.

Después de haberlos oído les dijo: Pues señores, yo les doy las gracias de que después de tanto tiempo que ha no nos vemos y que después de tanto viaje como han hecho, el que hayan venido de tan lejos á este puerto para echarme una poca de tierra encima. Al oír esto los señores y todos los demás que estaban presentes, nos quedamos sorprendidos, viéndolo sentado en la sillita de cañas y que con todos los sentidos habia contestado á todo: dijéronle, disimulando las lágrimas, que no pudieron contener: No, padre, confiamos en Dios que todavía ha de sanar y proseguir en la conquista. Respondíoles el siervo de Dios, quien si no tuvo revelación de la hora de su muerte no pudo menos que decir que la esperaba breve, y les dijo: Si, sí, háganme esta caridad y obra de misericordia de echarme una poca de tierra encima, que mucho se los agradeceré. Y poniendo sus ojos en mí, me dijo: Deseo que me entierre en la iglesia, cerquita del padre fray Juan Crespi, por ahora, que cuando se haga la iglesia de piedra me tirarán donde quisieren.

Quando las lágrimas me dieron lugar para responderle, le dije: Padre presidente, si Dios es servido de llevarlo para sí, se hará lo que vuestra paternidad desea, y en este caso pido á vuestra paternidad por el amor y cariño grande que siempre me ha tenido, que llegando á la presencia de la beatísima Trinidad, la adore en mi nombre, y que no se olvide de mí y de pedirle por todos los moradores de estos establecimientos, y principalmente por los que están aquí presentes. Prometo, dijo, que si el Señor por su infinita misericordia me concede esta eterna felicidad que desmerecen mis culpas, que así lo haré por todos, y el que se logre la reducción de tanta gentilidad que dejo sin convertir.

No pasó mucho rato cuando me pidió rociase con agua bendita el cuartito; lo hice, y preguntándole si sentia algo, me dijo que no, sino para que no lo haya; quedóse en un profundo silencio, y de repente muy asustado me dijo: Mucho miedo me ha entrado, mucho miedo tengo; léame la Recomendación del alma y que sea en alta voz, que yo la oiga. Así lo hice asistiendo á todo los dichos señores del barco, como tambien su paternidad compañero fray Matías Noriega, el cirujano y otros muchos, así del barco como de la mi-

sion. Y le leí la Recomendación del alma, á la que respondia el venerable moribundo como si estuviera sano, sentado en el equipal ó silla de cañas, enterneciéndonos á todos.

En cuanto acabé, prorumpió lleno de gozo diciendo: Gracias á Dios, gracias á Dios ya se me quitó totalmente el miedo; gracias á Dios ya no hay miedo, y así vamos afuera. Salimos todos al cuartito de afuera con su paternidad; viendo todos esta novedad quedamos al mismo tiempo admirados y gozosos; y el señor capitán del barco le dijo: Padre presidente, ¿ya ve vuestra paternidad lo que sabe hacer mi devoto san Antonio? Yo le tengo pedido que lo sane y espero que lo ha de hacer, y que todavía ha de hacer algunos viajes para el bien de los pobres indios. No le respondió el venerable padre de palabra; pero con una risita que hizo nos dió bien claro á entender que no esperaba esto ni pensaba en sanar.

Sentóse en la silla de la mesa, cogió el Diurno y se puso á rezar; en cuanto se concluyó le dije que era mas de la una de la tarde, que si queria tomar una taza de caldo, y diciendo que sí, lo tomó, y después de dado gracias, dijo: Pues vamos ahora á descansar. Fué por su pié al cuartito en donde tenia su cama ó tarima, y quitándose solo el manto, se recostó sobre las tablas cubiertas con la frazada con su santa cruz arriba dicha, para descansar. Todos pensábamos que era para dormir, supuesto que en toda la noche no habia probado el sueño. Salieron los señores á comer; pero estando con algun cuidado, al cabo de un poco rato volví á entrar, y arrojándome á la cama para ver si dormia, lo hallé como poco antes lo habiamos dejado, pero durmiendo ya en el Señor, sin haber hecho demostración ni señal de agonias, quedando su cuerpo sin mas señal de muerto que la falta de respiración, sino al parecer durmiendo, y piamente creemos que durmió en el Señor poco antes de las dos de la tarde el día del señor san Agustín del año de 1784, y que iria á recibir en el cielo el premio de sus tareas apostólicas.

Dió fin á su laboriosa vida siendo de edad de setenta años, nueve meses y cuatro días. Vivió en el siglo diez y seis años, nueve meses y veintidós días, y de religioso cincuenta y tres años, once meses y trece días, y de estos en el ejercicio de misionero apostólico treinta y cinco años cuatro meses y trece días, en cuyo tiempo obró las gloriosas acciones que ya vimos, en las que fueron mas sus méritos que sus pasos, habiendo vivido siempre en continuo movimiento, ocupado siempre en virtuosos y santos ejercicios y en singulares proezas, todas dirigidas á la gloria de Dios y salvación de las almas. Y quien con tanto afán trabajó para ellas, ¿cuánto mas trabajaria para el logro de la suya?

Mucho podria decir, pero pide mas tiempo y mas sosiego; que si Dios me lo concede y fuere su voluntad santísima, no omitiré el trabajo de es-

cribir algo de sus heróicas virtudes para edificación y ejemplo.

En cuanto me cercioré de haber quedado huérfano sin la amable compañía de nuestro venerado prelado, que no dormia, sino que en realidad habia muerto, mandé á los neófitos que allí estaban hiciesen señal con las campanas; y luego que con el doble se dió el triste aviso, ocurrió todo el pueblo llorando la muerte de su amado padre, que los habia reengendrado en el Señor y estimado mas que si hubiera sido padre carnal; todos deseaban verlo para desahogar la pena que les oprimia el corazón por los ojos y llorarle. Fué tanto el tropel de la gente, así de indios como de soldados y marineros, que fué preciso cerrar la puerta para ponerlo en el cajón que su paternidad el día antes habia mandado hacer. Y para amortajarlo no fué menester hacer otra cosa que quitarle las sandalias (que heredaron para memoria el capitán del paquebot y el padre capellan que se hallaban presentes) y se quedó con la mortaja con que murió, esto es, con el hábito, capilla y cordón y sin túnica interior, pues los dos que tenia para los viajes, seis días antes de morir las mandó lavar con los paños menores de muda, y no quiso usar de ellas, queriendo morir con el solo hábito y capilla con la cuerda.

Puesto el venerable cadáver en el cajón y con seis velas encendidas, se abrió la puerta de la celda en la que ya estaban los tristes hijos neófitos con sus ramilletes de flores del campo de varios colores para adornar el cuerpo de su venerable padre difunto. Mantúvose en la celda hasta entrada la noche, siendo continuo el concurso que entraba y salia rezándole y tocando rosarios y medallas á sus venerables manos y rostro, llamándole á boca llena padre santo, padre bendito y con otros epítetos nacidos del amor que le tenian y del ejercicio de virtudes heróicas que en él habian experimentado en vida.

Al anoecer lo llevamos á la iglesia en procesion, que formó el pueblo de neófitos con los soldados y marineros que se quedaron; y puesto sobre una mesa con seis velas encendidas, se concluyó la función con un responso. Pidiéronme que quedase la iglesia abierta para velarlo y rezar á coros la corona por el alma del difunto, remudiéndose por cuadrillas, pasando así la noche en continuo rezo: condescendí á ello, quedando dos soldados de centinela para impedir cualquiera piedad indiscreta ó de hurto, pues todos anhelaban lograr alguna cosita que hubiese usado el difunto, principalmente la gente de mar y de la tropa, que como de mas conocimiento y que tenian al venerable padre difunto en grande opinión de virtud y santidad, por lo que los que lo habian tratado en mar y tierra me pedian alguna cosita de las que hubiese usado; y aunque les prometí que á todos consolaria después del entierro, no fué bastante para que no se propasasen cortándole pedazos del hábito del lado de abajo

para que no se conociera, y parte del cabello del cerquillo sin poderlo advertir la centinela, si no es que diga que fué consentidor y participante del devoto hurto, pues todos anhelaban lograr algo del difunto para memoria, aunque era tal el concepto en que lo tenian, que llamaban reliquia, y procuré corregirlos y explicarles, etc.

CAPITULO LIX.

SOLEMNE ENTIERRO QUE SE LE HIZO AL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

La cortedad de la tierra y de la gente que la plebe no daban lugar á hacer al bendito cadáver del venerable padre Junipero aquel entierro y honras con la pompa que le merecian sus heróicas virtudes, por reducirse solo á la tropa del presidio, distante como una legua de la mision, y de la escolta de esta, como tambien de los neófitos de que se compone el pueblo de la mision, que son como seiscientas personas de todas edades. Tambien era difícil la asistencia de muchos sacerdotes, porque no habiendo en los presidios capellanes, y en las misiones solo dos misioneros en cada una y tan distantes entre sí, es natural que en el entierro de alguno de los misioneros no asista otro que el compañero que queda en vida, y que no haya mas concurso de gente que los indios neófitos y la escolta de un cabo con cinco soldados.

Pero quiso Dios honrar á su fiel siervo (que tanto habia trabajado para formar pueblos que alabasen al Señor y que igualmente habia huido de todo lo que era honra) el que muriese en ocasion que estuviese fondeado en el puerto de Monterey el barco, que solo en dicho corto tiempo que se detiene una vez al año á dejar la carga logramos concurso de gente española; con lo que se logró para el entierro el concurso de la gente de mar y del real presidio, como tambien la de cuatro sacerdotes y cinco para las honras de que hablaré después.

Fué el entierro el día inmediato después de su muerte, que fué el día domingo 29 de agosto. La mañana del dicho día llegó al presidio el padre fray Buenaventura Sitjar, ministro de la mision de San Antonio, distante veinticinco leguas de Monterey, quien en cuanto recibió mi carta que queda expresada en su lugar, despachándola para San Luis, distante otras veinticinco leguas, se puso en camino sin pérdida de tiempo y no pudo alcanzarlo vivo; y sabiendo en el presidio que la tarde antecedente habia fallecido el venerable prelado, se detuvo en él á decir misa, y concluida se fué para la mision con el señor ayudante inspector de ambas Californias (ausente el señor gobernador), como tambien fué el comandante del presidio cuasi con toda la tropa, dejando la muy precisa guardia en el real presidio.

Poco después llegó el señor capitán y comandante del paquebot, con el padre capellán y con los oficiales de mar y toda la tripulación, dejando a bordo la muy precisa para custodiar el barco, como también para que con la artillería de abordó se le hiciese al venerable padre difunto los honores, disparando de media a media hora un cañón, al que correspondía con otro el presidio (en cuyo ejercicio estuvieron todo el día), cuyos tiros con el funesto doble de las campanas enternecian los corazones de todos.

Junta toda la gente en la iglesia, que siendo bastante grande se llenó, cantose una vigilia con toda la solemnidad posible, é inmediatamente canté la misa asistiendo los señores con velas encendidas, y se concluyó con un responso cantado y se dejó la función del entierro para la tarde, quedando el gentío en la misión empleándose en visitar al difunto, rezándole y tocándole rosarios y medallas á su bendito cadáver; continuando las campanas con el funestodo ble y la artillería de mar y tierra con sus tiros como si fuera algún general.

A las cuatro de la tarde se hizo señal con las campanas y se volvió a juntar toda la gente en la iglesia; se formó la procesion con cruz y ciriales, componiéndose toda la gente de indios neófitos, marineros, soldados y oficiales, estos con velas en dos filas, y la capa con ministros los mismos de la mañana; y después de cantado un responso cargaron al venerable difunto, remudándose á tramos, porque todos los señores; así de mar como de tierra, querian lograr la dicha de haberlo cargado sobre sus hombros. Dióse vuelta por toda la plaza, que es bastante capaz; hicieronse cuatro posas ó paradas y en cada una se canto un responso.

Llegados a la iglesia fue colocado sobre la misma mesa al pie de las gradas del presbiterio; se pasó al entierro cantando las Laudes con toda solemnidad, según el manual de la orden; fue sepultado en el presbiterio al lado del Evangelio, y se concluyó la función con un responso cantado, aunque las lágrimas, suspiros y clamores de los asistentes tapaban las voces de los cantores. Lloraban los hijos la muerte de su padre, que habiendo dejado á sus ancianos padres en su patria, habia venido de tan lejos solo con el fin de hacerlos sus hijos é hijos de Dios, por medio del santo bautismo. Lloraban las ovejas la muerte de su pastor, que habia trabajado tanto para darles el pasto espiritual y los habia libertado de las uñas del lobo infernal; y finalmente los súbditos por la falta de su prelado, tan docto, tan prudente, afable, laborioso y ejemplar, conociendo la grande falta que hacia para el adelantamiento de estas espirituales conquistas.

Acabada la función, se me amontonó toda la gente pidiendome alguna cosita de las que hubiese usado el padre, y como eran tan pocas las que el venerable padre tenia de su uso, no era fácil

contentar á todos. Para evitar el tropel de la gente que pedia, saqué la túnica interior que habia usado el padre (aunque á lo último no la usaba, pues como ya dije murió con solo el hábito) y la entregué al comandante del paquebot para que la repartiése entre la gente de mar, á fin de que hiciesen unos escapularios; que los trajesen á bendecir el día 4 de setiembre, que para este día, como sétimo de la muerte, se harian las honras al padre difunto, con lo que quedaron contentos; y á la tropa y á otros particulares reparti los paños menores, haciendo tiras de ellos, como también dos paños de narices.

El uno de ellos heredó el médico ó cirujano real don Juan Garcia, así por lo que le habia asistido, como por el antiguo conocimiento y particular afecto que tenia al difunto. A los pocos dias que volvió á la misión me dio las gracias del paño, diciéndome: Con el paño espero hacer mas curas que con mis libros y botica; tenia en la enfermería, dijo, un marinero muy malo de unos fuertes dolores de cabeza que no le dejaban sosegar; me dejó de medicamentos y le amarré el paño, quedose dormido y amaneció sano y bueno. Espero, dijo, que el paño ha de hacer mas que la botica general. Tal era el concepto que tenia hecho del venerable padre Junipero.

No era menor el que tenia de sus virtudes el padre predicador fray Antonio Paterna, que le conocia desde el año de 50 que vino de España en la misma misión, aunque en el segundo rozo estuvo muchos años en las misiones de la Sierra-Gorda, al mismo tiempo, que allí estaba el venerable padre presidente, y desde el año de 71 en estas misiones, y actualmente se halla de ministro de la misión de San Luis, á quien escribi, como ya queda dicho, el aviso de hallarse enfermo el reverendo padre presidente, que lo deseaba ver antes de morir. En cuanto recibí mi carta se puso en camino apresuradamente con los deseos de alcanzarlo vivo; pero por mucha prisa que se dió caminando todo el día y parte de la noche, no pudo llegar á tiempo ni aun para el entierro, pues llegó á los tres dias de haber muerto, y solo pudo asistir á las honras, como diré en el capítulo siguiente.

De la fatiga del camino en un religioso de sesenta años de edad, que camino la mayor parte malo y muy caloroso en el mes de agosto, que hacen excesivos calores en la Sierra de Santa Lucia, le resultó á los pocos dias de su llegada un grande y grave accidente que nos puso á todos en cuidado, como también al cirujano real, que dijo ser dolor colico: hizo el médico su oficio, y diciéndole era cosa de cuidado, se dispuso el padre para morir pensando seguir al venerable padre presidente. Viéndole fatigado de los dolores, le dije: Padre, quiere cenirse con el ciliicio de cuérdas de nuestro padre presidente fray Junipero? tal vez querria Dios aliviarlo. Si, padre, me respondió, traigámelo: cínose con él y en breve sintió alivio,

de modo que ya suspendí el darle el Viático: se fue megrando y en breve se recuperó y se puso sano y bueno, de suerte que cuando sall de aquella misión para esta ya decia misa.

El referir estos casos no es porque intente publicarlos por milagros, ni es mi ánimo que como á tales los tengan, pues puede haber sido el efecto natural ó casualidad, y á mi no me toca el indagarlo ni examinarlo, sino repetir la protesta del principio: que así en este particular como en todo lo que llevo escrito en esta relacion historica y demas que dijere, me conformo con el breve de la santidad del señor Urbano VIII expedido en 5 de junio de 1681 y con los demas decretos pontificios. Solo he referido dichos casos en prueba de la grande opinion en que estaban las virtudes del reverendo padre Junipero, y su vida ejemplar en toda clase de gentes, que lo habian tratado y comunicado de muchos años: cuya fama y publica voz de sus virtudes, les hacia codiciar alguna cosita que hubiese usado el padre, como también los atraia á asistir á honrarlo después de muerto, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LX.

DEVOTAS HONRAS QUE EL DIA SETIMO SE HICIERON AL VENERABLE PADRE JUNIPERO.

Después de manifestarme agradecido discípulo á mi siempre amado y venerado maestro, no me contenté con las honras que se le hicieron en el entierro, sino que procure repetir las del día sétimo, anhelando mas sufragios para su alma por si necesitase de algunos para recibir en el cielo el premio de sus tareas apostolicas. En cuanto irrupa mis deseos, se dieron por convidados todos los señores, así del presidio como del barco. Y así el día 4 de setiembre concurrió á la misión igual concurso de gente (si no fue mayor) de comandantes, oficiales, soldados, marineros é indios, según y como el día del entierro, haciendole los mismos honores con la artillería, que ya dije en la primera función, que duraron con el doble de las campanas todo el tiempo de la función que

hizo el día anterior del día sétimo. Una vigilia cantada con toda la solemnidad posible y concluida con la misa, asistiendo de ministros los mismos que el día del entierro, y en el coro asistieron los padres fray Antonio Paterna y fray Buenaventura Sijar, con los indios cantores instruidos por el padre difunto, y concluyó la función con un solemne responso. No faltaron en esta función lágrimas y suspiros así de los hijos neófitos como de los demas que asistieron, dándonos á entender con sus lagrimas lo muy querido que fue de los hombres el venerable padre Junipero, y como así previendo todos que por sus heroicas virtudes que en el experimento

mentaron en su laboriosa y ejemplar vida, fué y es querido de Dios, le quien habrá recibido el premio de sus afanes apostolicos.

Concluida la función, me presentaron un gran número de escapularios que habian hecho de la túnica del venerable padre, que ya dije regalé al señor comandante de mar para que la repartiése; los que bendije, advirtiéndoles que la veneracion en que los habian de tener, era por ser de sayal de nuestro serafico padre san Francisco, y con la bendicion de la iglesia, que el ser dichos escapularios de la túnica del padre Junipero, les habia de servir para que se acordasen de su reverencia para encomendarlo á Dios, que le dé el eterno descanso: dijeron todos que quedaban entendidos. Pero no quedaron todos contentos, diciendome no habian participado de la túnica, principalmente los de tierra, y así me pidieron alguna alhaja para memoria del padre; y como no habia qué darles mas que libros, no tenia con qué contentarlos; pero acordándome de una porcion de medallas que tenia el venerable padre, con que solia regalar á los devotos, las saqué y reparti, de modo que quedaron todos contentos y consolados, y con memoria para acordarse del venerable padre Junipero para encomendarlo á Dios.

Solo nosotros sus súbditos nos quedamos con la triste pena y dolor de vernos privados de tan amable padre, prudente prelado y tan docto y ejemplar maestro, que como tan cariñoso padre, era de todos sus hijos amado, pues á todos sus súbditos tenia consolados, como maestro tan docto, descansaban en sus afios lictámenes y prudentes reflexiones; y finalmente, como tan ejemplar maestro nos animaba á todos con el ejemplo de sus apostolicos afanes, á trabajar con gusto y alegría en esta tierra del Señor, que plantó su apostolico celo en esta tan interior é inculta tierra tan apartada de la cristiandad que se puede contar entre las remotissimas del centro de la Iglesia. Estas y demas acciones que quedan referidas en esta relacion historica, todas de sí tan gloriosas, no nos daran lugar á que nos olvidemos del padre Junipero; y no se perpetuará su memoria en nosotros sus súbditos, sino en todos los moradores de esta setentrional California. De modo que si no temiera la nota de apasionado discípulo, viendo á mi venerado maestro que dejó en el otro mundo todos los honores con la boca de su sabiduria y se trasplantó en este nuevo mundo de la America, y que no tuvo sosiego hasta internarse en las setentrionales para vivir y morir en un terram alienarum gentium, olvidado del mundo, solo á fin de esplayar su apostolico celo en la conversion de los miserables gentiles, me atreviera á decir de él lo que Salomon dijo de aquel sapio varon (cap. 39): Non recedet memoria ejus, et non evanescat generatio ejus. No se apagará su memoria, porque las obras que hizo quando viva han de quedar estampadas entre los habitantes de esta nueva

California, que á pesar de la voracidad del tiempo, se han de perpetuar en la conservación.

Porque el que hace gloriosas acciones, aunque por sí como mortal es súbdito del tiempo para que lo consuma, pero no tiene el tiempo jurisdicción sobre las obras gloriosas, porque estas con una como inmunidad inmortal, están exentas de la jurisdicción del tiempo. Acabó la vida del padre Junipero como súbdito del tiempo, después de haber vivido setenta años, nueve meses, cuatro días, y trabajado en el ministerio apostólico la mitad de su vida, y en estas Californias diez y seis años, dejando fundadas en la antigua California, en la que vivió un año, una misión, y en esta setentrional y nueva California, antes solo poblada de gentiles, la dejó poblada con quince poblaciones, las seis de españoles ó gente de razón, y las nueve de puros naturales neófitos, bautizados por su reverencia y los padres compañeros.

Numerábanse cuando murió cinco mil ochocientos los bautizados, que con los que bautizaron en la antigua California pasaban de siete mil, y dejó confirmados en esta California á cinco mil trescientos siete, y para conseguir este espiritual fruto trabajó lo que queda referido. Estas acciones, por sí tan gloriosas, no se consumirán jamás por el tiempo, antes por ellas quedará su autor perpetuamente en la memoria de todos: *non recedet memoria ejus*. Como ni parece que el difunto padre tiene en olvido esta espiritual conquista, pues vemos se va cumpliendo la promesa que nos hizo poco antes de morir, que pediría á Dios por ella y por todos los gentiles para que se convirtieran á nuestra santa fe católica, lo que vemos se va cumpliendo, pues se va mucho aumentando el número de cristianos en todas las misiones desde la muerte de su fervoroso fundador.

En carta que escribí á todos los misioneros, dándoles noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, les referí para su consuelo lo que poco antes de espirar me dijo y prometió, que no se olvidaría de nosotros ni de pedir á Dios por la conversión de la inmensa gentilidad que dejaba sin bautizar, para que logren el santo bautismo. A lo que me respondió el reverendo padre lector fray Pablo Mugartegui, ministro de la misión de San Juan Capistrano, de las últimas del Sur, que había sido su compañero el año de 73 y 74 en el viaje de mar y tierra desde Méjico hasta el puerto de San Diego, en cuyo tiempo conoció lo sólido de las virtudes de nuestro venerable prelado y amado presidente. "Veo lo que me dice de la promesa que nos dejó nuestro venerable prelado fray Junipero: *Dilectus deo, et hominibus*; y yo digo á vuestra reverencia que demos gracias á Dios, pues ya vemos en esta misión cumplida la promesa de nuestro venerable padre presidente fray Junipero, pues en estos cuatro meses últimos hemos bautizado mas gentiles que en los tres años

" últimos, y atribuimos estas conversiones á la intercesión de nuestro venerable padre Junipero, que lo estará pidiendo á Dios como se lo pedía incesantemente en vida, y piamente creemos que está gozando de Dios, y que con mas fervor lo pedirá al Señor, de quien sin duda alcanzará la conversión de los muchos que hemos bautizado en estos cuatro meses que se han cumplido desde su muerte; estos son indios que han venido de muy lejos y son de distinto idioma que los naturales de esta misión, pues ha sido preciso valernos del intérprete de San Gabriel; y viendo que ellos por sí solos han venido de tan lejos á pedir el bautismo, piamente creemos ser movidos de impulso interior, que les alcanzará nuestro venerable padre de Dios nuestro Señor, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que en medio de la pena que nos causó la noticia de su muerte, nos consuela con el crecimiento número de hijos con que se va aumentando este espiritual rebaño."

Lo mismo que me escribió dicho padre lector Mugartegui de su misión de San Juan de Capistrano, creo podrían haberme escrito los demás misioneros, pues viendo que el número de bautizados que había en las misiones el día que murió el venerable fundador era de cinco mil ochocientos, el día último del mismo año de 84, según consta de los informes años que me remitieron los padres misioneros, era el número seis mil setecientos treinta y seis, por lo que sé que en los cuatro meses después de la muerte del venerable fundador, se habían bautizado novecientos treinta y seis, á cuyo número ningún año entero ha llegado desde que se comenzó la conquista, y me escribieron los misioneros que proseguía la conquista con grande aumento, atribuyéndolo á la intercesión y ruegos del venerable fundador, que en el cielo pedirá á Dios por la conversión de toda esta inmensa gentilidad, y según hacer el aumento de las conversiones, se irá extendiendo la memoria de su principal conquistador, que si juntamos á sus gloriosas acciones lo heroico de sus virtudes (de que hablaré en el siguiente capítulo), podremos cantarle el verso de David (Psal. 111, vers. 7) *in memoria aeterna erit justus*, que como tan laborioso operario de la viña del Señor, y tan ejemplar en sus operaciones, será delante de Dios eterna su memoria.

CAPITULO ULTIMO.

EN QUE SE RECOPIAN LAS VIRTUDES QUE SINGULARMENTE RESPLANDECIERON EN EL SIERVO DE DIOS FRAY JUNIPERO.

Si con atenta reflexion se lee la historia que antecede de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junipero, se hallará que su

laboriosa y ejemplar vida no es otra cosa que un vistoso y hermoso campo matizado de todo género de flores de excelentes virtudes. Para conclusión de la historia intento en este último capítulo (que dividiré en párrafos), recopilar las principales que se observaron y que no pudo ocultar su humildad, y que para cumplir con la doctrina del divino Maestro debía hacerlas en público, para que viéndolas los nuevos cristianos, que con su predicación convirtió y agregó al gremio de la santa Iglesia, las practicasen y alabasen á Dios. Pero las demás que no conducían al dicho fin, procuraba con mayor cuidado ocultarlas aun de los mas estimados compañeros, de los mas confidentes é inmediatos, observando á la letra el precepto que nos intima Jesucristo por san Mateo (cap. 6 v. 3): *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua*, por cuyo motivo no puedo dar razón de sus virtudes interiores. Porque no obstante la estrechez y amor que desde el año 39 le debí, y que desde el año 49 se confesó conmigo, mientras que vivíamos, y si había algunas temporadas de separación por la obediencia ó cumplimiento del apostólico ministerio, procuraba cuando nos volvíamos á juntar hacer confesión general de aquel tiempo, renovando las que en el intermedio había hecho; no obstante este santo ejercicio de treinta y cuatro años, nada puedo decir de su vida interior, si solamente podré referir de lo exterior que no pudo ocultar, su profunda humildad, en cumplimiento del encargo que hace Jesucristo: *Luceat lux vestra, etc.*, que según San Gregorio, es lo mismo que tener en las manos lámparas encendidas, para que viendo los actos de las virtudes exteriores, se muevan á alabar á Dios como autor de ellas: *Lucernas quippe ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus*.

Pero aun de esto no hay lugar para decirlo todo, y me contentaré con referir solo algunos actos de las virtudes que tienen visos de heroicas, para lo cual noto con los auditores de la Sagrada Rota en la Causa de San Pedro Regalado, que de dos modos puede uno tener las virtudes en grado heroico: el uno en cuanto el hombre anhela a este modo como divino, que se llaman virtudes purgativas; el otro en cuanto tiene ya el hombre conseguido el fin de estos anhelos en cuanto es posible en esta vida mortal, y estas se llaman virtudes de ánimo purificado, cuales fueron las de la Virgen nuestra Señora y de algunos esclarecidos santos.

No hablo de estas, pues como dicen los mismos auditores, se hallan en muy pocos santos; solo hablaré de las primeras, de las que hablando el cardenal Aguirre (Tract. de virtutibus et vitiiis, dist. 12. q. 3. sec. 5. num. 49) después de haber dicho que no se pueden conocer por sí mismas, sino solamente por los efectos, obras ó acciones externas y palabras, según aquello de

Cristo: *Ex fructibus eorum etc.*, dice: *Quisquis non praecepta solum, sed concilia Evangelica semper, et toto animi conatu deprehenditur observasse usque ad ultimum vite momentum, neque unquam declinasse ab ea difficili et angusta via, verbo facto, aut omissione, idque iudicio communi hominum tantam vite perfectionem admirantium in mortali homine, his sane probabiliter creditur fuisse praeclitus virtutibus per se inditis in gradu heroico; immo etiam virentibus acquisitis in eodem gradu*. Cuyos efectos declara el Sr. Benedicto XIV (en el cap. 22 del lib. 3 de Serv. Dei Beatif.) por estas palabras: *Ut sit heroica efficere debet, ut eam habens operetur expedite, prompte, et delectabiliter supra communem modum ex fine supernaturali, cum abnegatione operantis, et affectuum subjectione*.

Esto es, para que una virtud sea heroica, ha de hacer que el que la tiene obre con expedición, prontitud y delectación sobre el modo comun de los hombres, y esto por fin sobrenatural, con abnegación suya y sujeción de todos sus afectos y deseos, cuyas autoridades de varones tan doctos del citado cardenal de Aguirre y del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV me servirán de piedra toque para conocer los quilates de las virtudes de nuestro venerable padre; y dando principio á ellas, comenzaré por la humildad, á la que llama san Agustín cimiento de la fábrica del espiritual edificio, intentando yo el hacer un diseño de la fábrica que edificó el venerable padre Junipero con el ejercicio de las virtudes, valiéndome de lo que Fortunato Scaccho, citado del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV (lib. 3 de Canoniz. SS. cap. 24. núm. 48), dice: "Esta virtud de la humildad es tan necesaria y esencial en los imitadores de Cristo, que según los dogmas enseñados por Jesucristo, creemos ser el fundamento para la formación de todo el edificio espiritual, según la norma del santo Evangelio. Y siendo necesarios muchos actos de virtud en grado heroico en cualquier fiel y católico para la perfecta santidad; por esto cuando se buscan razones para probar la santidad de algun siervo de Dios, lo que primero se busca es su humildad."

§ I.

PROFUNDA HUMILDAD.

Es la humildad en sentir de San Bernardo, citado por santo Tomás de Villanueva (Conc. 1 de San Martino), una virtud por la cual el hombre con el verdadero conocimiento de sí mismo se tiene por despreciable, conociéndose miserable y contentible, por el profundo y claro conocimiento de sí mismo. Esta nobilísima virtud enseñó el divino Maestro á sus apóstoles y discípulos, así de palabra como por ejemplo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde*. Esta